

# MARINO TRONCOSO: EL PROFESOR DE LITERATURA

Enseñar literatura para Marino Troncoso fue siempre un compromiso con la vida, con el arte y con la expresión de lo “radicalmente humano”; compromiso de enseñar y/o afirmar una mirada sobre el hombre, sobre el mundo, sobre nosotros mismos, sobre nuestras oscuridades y sobre nuestras regiones luminosas. Marino encarnó todo esto en su cátedra. Enseñar literatura para él tenía algo de sagrado y de ritual, y al mismo tiempo que suponía dedicación al estudio, la consulta o la lectura un acto de comunicación profunda, una vivencia donde hacía ver, sentir y comprender aquello que la palabra simbólica era capaz de suscitar, aquello solamente perceptible gracias al universo creado por las imágenes literarias, en fin, aquellos mundos alternativos hechos posible por la palabra épica, lírica o dramática.

Desde mi experiencia como alumno de Marino Troncoso, como compañero en la cátedra y como amigo, intento reconstruir el ámbito de una docencia que desde la literatura quería nutrir la vida: un abanico de textos para cada clase, un matiz distinto de sensibilidad para cada autor, una referencia cultural para cada forma y período literario, un acceso adecuado para cada fenómeno, y siempre, un destello de intuición, una pregunta clave, insinuaciones, fragmentos musicales, evocación de películas, confesiones, lectura

particulares, retos, muchos retos y al final, ¡el compromiso con la literatura es compromiso con la vida toda!, ¡El placer que produce el texto literario se vincula con el estudio!, ¡la lucidez crítica supone rigor y exige un riesgo!, ¡la creatividad ha de guiarse con conocimiento!... Para Marino Troncoso acercarse de veras a la literatura significaba entregarse todo, pues ella al dar y lo da todo, decía, exige corazón, intuición, racionalidad, vocación, compromiso, estudio.... Casarse con ella, me decía, significa casarse con una cierta forma de vida, con una cierta forma de lenguaje que no refiere, crea la realidad, y por tanto nos estremece y nos abre nuevos caminos. Con nostalgia y con mucho afecto recuerdo las tantas veces que me dijo: “¡Cristo, mi viejo!, para enseñar literatura no basta saber mucho, leer muchos libros o conocer las teorías más elaboradas sobre la literatura; tienes que comprometerte con ella, vivir plenamente, enfrentar el mundo, si no lo haces, esa otra realidad de la literatura no se encarna en tí ni en tus actitudes, corres el riesgo de ser un hombre enciclopédico, pero frío.” Luego me decía: “¡No negro!, tú eres sensible, tu vivencia de Sahagún, de lo oral y del mito alimentan tu dedicación al estudio.” Ojalá Marino, ojalá la vida se me vuelva siempre literatura y ojalá la literatura se me torne siempre vida ♦

Cristo Rafael Figueroa Sánchez

*Amigo cercano de Marino Troncoso.*

*Actual Director del departamento y de la carrera de Literatura*